

La familia gestora del ser

Dr. Luis Alberto del Pozo

La persona del ser humano

El ser humano pertenece al reino personal, no al reino animal. La antropología bíblica tipifica al ser humano por su origen y su destino como una criatura perteneciente a un reino diferente al del reino animal.

El ser humano es portador de la imagen divina, más parecido a los ángeles que a los animales. De ningún animal se dice que tiene la imagen de Dios. De ningún animal se dice que tiene el carácter del Creador. De ningún animal se puede decir que es un portador de valores. Los animales están encerrados en el circuito del instinto. El oso es monógamo por ser oso, no por ser libre para ser polígamo. A las abejas nunca se les ocurrió construir celdillas triangulares o cuadrangulares. Las abejas siempre han construido celdillas hexagonales.

La persona humana no es un ser esclavo del instinto, ni de la herencia genética, ni del medio ambiente. Es el único ser implanificable por la ingeniería genética. Se podrán manipular los genes y aun es previsible que la temeridad humana llegue a practicar la clonación humana para lograr lo que los científicos han experimentado con los animales. Podrán, tal vez, lograr seleccionar el color de los ojos, los rasgos faciales, el sexo, ciertas bases de la estructura temperamental, capacidad mental y emocional, pero nunca podrán planificar el libre albedrío, ni la voluntad, ni el carácter de las personas. Esa chispa divina que tiene el ser humano hace de éste un ser único en la creación, que se gesta como tal en el seno familiar.

La gestación del ser humano

No podemos leer sino con reverente temor y absoluto respeto a la vida el Salmo 139:13-17. En este pasaje se destaca el milagro de la gestación. “Tú me hiciste en el vientre de mi madre... No fue encubierto de mí tu cuerpo, bien que en lo oculto fui formado... Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro están escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas.” El pasaje implica que Dios tiene pleno conocimiento de la persona creada. La procreación humana, no solo la creación original, suponen una completa cognición divina. (Mitchell Dohood, *The Anchor Bible. Psalms III 101-150*).

La vida es un milagro de Dios. Los padres son coautores de este milagro maravilloso. Dios crea, el hombre pro-crea. El Señor da a los padres el grandioso privilegio de ser copartícipes del formidable proceso de la creación de un nuevo ser.

El conocimiento de la genética va abriendo espacios cada vez más insospechados acerca de la calidad de vida que se establece durante la gestación intrauterina y los primeros años de la infancia. Se ha demostrado científicamente que de madres depresivas nacen hijos con desbalances orgánicos y conductas anormales, lo que supone que hay efectos prenatales negativos de la depresión materna. (Tiffan y Field, “Maternal depression effects on infants and early interventions” *Preventive Medicine*).

En Salmos 22:9 se indica: “Tú eres el que me sacó del vientre, el que me hizo estar confiado desde que estaba a los pechos de mi madre”. El ser que se gesta en el vientre no solo recibe una herencia biológica sino también psicológica.

Los estudios contemporáneos revelan todo un cuadro de psicología del desarrollo del ser en su etapa intrauterina.

En Salmos 22:10 se lee una declaración que evidencia que desde el vientre de la madre ya hay una relación que trasciende a lo biológico entre el ser en gestación y Dios. “Desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios.”

Sorprenden las declaraciones de Elena de White en cuanto a las influencias prenatales. “Los padres... deben preparar al niño desde antes de su nacimiento para predisponerlo a pelear con éxito las batallas contra el mal.” (Elena de White, *El hogar Cristiano*, p.231).

Según esta declaración se necesita una preparación adecuada para la paternidad antes de iniciar la aventura de ser padres.

“Si la madre se atiende invariablemente a principios rectos, si es templada y abnegada, bondadosa, apacible y altruista, puede transmitir a su hijo estos mismos rasgos de carácter”. (Elena de White, *El hogar Cristiano*, p.230).

La transmisión biológica no solo es genética, trasciende a ella y repercute en lo caracterológico que envuelve tanto lo psicológico como lo espiritual. El carácter de los hijos depende en gran medida de

influencias prenatales, particularmente de los procesos de la vida intrauterina. “La base de un carácter correcto en el hombre futuro queda firmada por hábitos de estricta temperancia de parte de la madre antes de que nazca el niño... Esta lección no debe considerarse con indiferencia”. (Elena de White, *El hogar Cristiano*, p.233).

No sé cómo explicar el texto de Job 31:18: “Y desde el vientre de mi madre fui guía de la viuda”. No sé tampoco cómo explicar un fenómeno curioso que puedo constatar en mi experiencia familiar. Cuando mi esposa estaba gestando a mi primogénito dirigía una escuela primaria. Le dedicaba a ésta lo mejor de su entusiasmo y de sus fuerzas. Le encantaba su trabajo. Mi primogénito, después de graduarse en la Maestría en Administración Educacional, su primer trabajo fue dirigir una escuela en Chicago y actualmente está terminando su doctorado en esa misma especialidad. Muchas veces me preguntaba ¿de dónde le nació la vocación por la administración educacional?

Cuando mi esposa estaba gestando a mi segundo hijo, estudiaba sus últimos cursos de licenciatura de Teología. Hoy él es un pastor enamorado de la vida pastoral. Desde niño solía decir, seré pastor o no seré nada en el mundo. Muchas veces me solía interrogar ¿de dónde le nació la inclinación por la vida pastoral? ¿Por qué no siguió las huellas del mayor?

Cuando mi esposa estaba gestando a mi tercera, única y última hija, se recluyó en casa. Le dedicó al hogar su atención exclusiva, pese a que las demandas domésticas no eran tanto de su predilección, aunque las realizaba con mucho amor. Hoy, mi única y última hija es esposa de un profesor de Teología que está cursando su doctorado en Andrews University. Ella hizo su licenciatura en Lingüística, pero se queda encantada y feliz atendiendo a sus hijos y los asuntos domésticos. ¿De dónde le nació el gusto por lo doméstico?

Estas constataciones, ¿son mera coincidencia o se trata de una certera influencia prenatal?

Lo maravilloso es comprobar muchas veces que los hijos son una especie de prolongación del ser de su madre.

Mi esposa solía orar desde antes del nacimiento, y sigue haciéndolo hasta hoy, cada día por cada uno de mis hijos. Los tuvo en el vientre y en el corazón, en la mente y en la ilusión, en la voluntad y en la devoción ferviente. Las influencias prenatales son un misterio que se descifra a lo largo de la vida de los hijos.

La infancia temprana y la educación

“Dame a tu hijo hasta los siete años y será mío por el resto de su vida”. Si este dicho es verdadero, la infancia es la edad decisiva en la que se puede influir dramáticamente en el desarrollo físico, cognitivo, emocional, espiritual y sociocultural del ser.

La educación preescolar es función exclusiva del hogar hasta los tres años y se suele compartir con los jardines infantiles, entre los 4 y los 6 años de edad.

La educación preescolar temprana conducida por padres cariñosos y responsables, que comprenden y fomentan el desarrollo fisiológico, psicológico, espiritual y social de sus hijos les dan la mejor herencia de la vida. Todo hogar adventista debe ser una calificada escuela infantil.

El descuido de la educación de la infancia temprana tiene un costo social muy elevado. Un seminario mundial de neurología realizado en octubre de 1996 en Washington, se dedicó al tema del período crítico del desarrollo del cerebro. (Ernest Winder, *Introduction to the report on the conference on the ‘critical’ period of brain development*, *Preventive Medicine*, marzo-abril 1998, pp.166-167).

En dicho evento se destacó que los circuitos sinápticos se establecen en la niñez temprana. En este período, las sinapsis de las dendritas están más listas para una apropiada estimulación mediante las palabras, la música, el amor, el toque, el cuidado. Si estos circuitos sinápticos no son estimulados en la niñez temprana (de 1 a 3 años) nunca serán después plenamente desarrollados.

Los posibles defectos de aprendizaje, de la vida emocional y de la conducta social generalmente no son tan obvios en la infancia temprana (la edad cuando los infantes están en la más triste y completa indefensión) porque no hay ningún sindicato de bebés que salga a las calles a protestar por qué los abandonan, por qué sufren maltratos, por qué no les dan leche suficiente, por qué los encierran con un entorpecedor televisor encendido de modo que la sociedad como un todo, básicamente por razones económicas, tiende a ignorar este período y espera que la escuela empiece a hacerse cargo de la educación de ellos. Cuando descuidamos la educación hogareña de la infancia “necesitamos reconocer que pagamos un alto precio más tarde en la vida cuando vemos una sociedad con un grado cada vez mayor de violencia, crimen, divorcio y una salud que no alcanza niveles óptimos. Todo lo que tenemos que hacer es examinar el costo de las prisiones, los gastos de salud pública, la desintegración del núcleo familiar, y una población creciente

improductiva y desocupada”. (Ernest Winder, Introduction to the report on the conference on the ‘critical’ period of brain development, *Preventive Medicine*, marzo-abril 1998, pp.166-167).

En la primera infancia, según Fritz Künkel, discípulo de Adler, se establece la tensión entre el nosotros o nosismo originario y el zoísmo. La evolución del nosismo originario del zoísmo individual puede ser normal o traumático. Es más normal cuando una madre, fuente natural de empatía atiende personal y adecuadamente a su bebé, libre de ansiedades y presiones externas. La evolución llega a ser traumática cuando una madre se convierte en una supermujer porque tiene que atender el trabajo de la oficina o del taller y el trabajo doméstico como esposa, madre y maestra. Con mucha precisión afirma Künkel:

Cuando la ruptura del nosotros (originario) se realizó tan pronto y violentamente, el niño reaccionó no solo con sus mecanismos psíquicos de defensa, su construcción del ego, sino con toda su herencia, por así decirlo. Las más fuertes reacciones glandulares en el aspecto físico y el temor humano más profundo, en el psíquico, entraron en acción. (Fritz Künkel y R. E. Dickerson. *La formación del carácter*. pp. 252).

El notable psiquiatra griego Jack Dominan afirma que el origen básico del amor es nuestra experiencia infantil en términos de apego. Dominan afirma:

El bebé desarrolla un apego hacia su madre que es instintivo y afectuoso, al reconocer su rostro, el sonido de su voz, su olor, y también al tocarla y sentir que ella le toca. Este apego afectivo conforta al bebé cuando se asusta, se hace daño, está enfermo o cansado. (Jack Dominan. *El matrimonio*. p. 26).

La conducta de apego da la base para la seguridad y la afectividad que le servirá a la persona por todo el resto de su vida. Las rupturas traumáticas del apego o el desapego acarrear consecuencias dañinas irreversibles en el ser.

La familia, gestora de valores

El hogar es el principal agente transmisor de valores de la vida cristiana.

¿Cómo se gestan los valores en el hogar? Primero por el modelaje. Si los padres son los paradigmas de la conducta de los hijos, éstos tienen que encarnar los valores que desean transmitirles y enseñarles. Por ejemplo, si deseamos enseñar los cuatro valores fundamentales de los que habla Elena de White: **respeto, obediencia, reverencia, dominio propio** (EGW, *Felicidad y armonía en el hogar*. pp. 49) tenemos que encarnarlos en nuestro carácter y en nuestra conducta social. Si los padres no somos respetuosos entre nosotros mismo, ¿cómo vamos a enseñar el respeto a los hijos? Lo mismo se puede decir de la obediencia, la reverencia o el dominio propio. En un hogar adventista donde se consume normalmente, coca cola, se mira indiscriminadamente la televisión, ¿qué clase de dominio propio o temperancia se puede enseñar a los hijos? La conducta de los padres, más que instrucción verbal, es el modelo de la conducta de los hijos.

Los padres no debemos cansarnos de ser padres, ni abdicar al deber y el privilegio de ser padres. Desde que trajimos hijos a este mundo, no podemos decir: “¡Me cansé de ser papá!” Los hijos, aunque algunas veces reacios al cotidiano culto familiar, contestadores, rebeldes, caprichosos, desganados, cuando lleguen a formar sus propios hogares serán los primeros en establecer el altar familiar matutino y vespertino, y vivirán “eternamente” agradecidos a sus padres por haber practicado cotidianamente este aspecto importante de la vida espiritual.

Los padres cristianos que quieren transmitir valores a sus hijos deben desarrollar estos cuatro pasos:

El primer paso en la transmisión de valores de padres a hijos es vivir los valores en su propia experiencia.

El segundo paso en la transmisión de valores de padres a hijos es el uso de la imaginación. Los relatos que estimulan la imaginación y la creatividad dejan sus huellas profundas en la vida de los hijos. La mente infantil es sumamente impresionable al mundo de la fantasía y la imaginación. Los padres, en nuestra ineludible función docente, debemos desalentar la fantasía tipo Aladino y la lámpara maravillosa, o el Dumbo volador, o las Tortugas Ninja. No debemos instalar el capricho o el absurdo en la conducta de los hijos. Gran parte de la literatura infantil está plagada de realidades inverosímiles y fantasiosas que a veces los mismos padres y maestros nos encargamos de instalar en la mente infantil.

El tío Arturo (uncle Arthur) cuenta que su obra cumbre *Las bellas historias de la Biblia* tuvo su origen en la adaptación que él hacía de las historias bíblicas a la mente de sus hijos para el culto familiar. Notó que la imaginación puesta al servicio de las grandes verdades de la Biblia era una experiencia gratificante y feliz para sus niños. Entonces le dio forma escrita a su vivencia y dio al mundo el maravilloso aporte de *Las bellas historias de la Biblia*, un best seller de la literatura adventista. Los cuatro hijos de Arthur Maxwell llegaron a

ser distinguidos teólogos de la Iglesia Adventista y adicionalmente muy buenos narradores de historias. La mejor historia de la Iglesia Adventista la escribió Marvin Maxwell en *Tell it to the world (Dilo al mundo)* en la que se emplea sugestivamente la recreación imaginativa.

Los padres, de manera particular las madres, deben ser docentes de la imaginación infantil. Los relatos bien escogidos son el arma más poderosa en la transmisión de valores. Las lecciones aprendidas mediante los relatos dejan huellas indelebles en el alma humana no solo de los niños, sino también de los jóvenes y de los adultos.

Jesús, el Maestro de los maestros, cautivaba el corazón mediante la imaginación. *El libro de las virtudes* de William J. Bennett ofrece una fuente inspiradora para la enseñanza de los valores usando la fecunda imaginación infantil. (William J. Bennett. *El libro de las virtudes. Maravillosos fragmentos que inspiran el bien en la mente y en el corazón*). En este libro se presentan selecciones literarias que ilustran la autodisciplina, la compasión, la responsabilidad, la amistad, el trabajo, el coraje, la perseverancia, la honestidad, la lealtad y la fe.

El tercer paso en la gestación de valores es el refuerzo positivo, o el elogio oportuno. Volvamos al ejemplo del respeto. Cada vez que un hijo realiza acciones corteses, amables o respetuosas y nos dan el buenos días y las buenas noches, es el momento áureo para darle una palmada en el hombro con una palabra de elogio o felicitación. Este cuidado, en apariencia simple, juega un papel muy importante en la afirmación de los valores durante el desarrollo del ser, en el seno familiar.

El refuerzo alienta o desalienta. Una pedagogía represora, mayormente restrictiva, punitiva, amenazadora, acusadora y condenatoria fomenta una conciencia oscura, insegura y culpable. Los efectos se pueden constatar en desórdenes de conducta que van desde la inseguridad y la pasividad hasta la agresividad. Un estudio de casos delictivos ha demostrado que tuvieron su origen en la conducta represora, insultativa, desalentadora de los padres o tutores o la ausencia total de una voz orientadora.

El cuarto paso en la gestación de valores es la reiteración. Las lecciones más duraderas se dan en términos claros, sencillos y repetidos. El principio de la reiteración es como clavar un clavo en una madera. Un solo golpe no basta. Se debe repetir el acto hasta que el clavo quede completamente introducido, fijado y cumpliendo su misión. Cuando se pretende enseñar el respeto, no basta con ser paradigma de respeto en la vida cotidiana, contar historias apropiadas para desarrollar la imaginación y enseñar los valores, practicar una pedagogía positiva, sino también reiterar la lección central durante un día o una semana. Una lección reiterada sabiamente hasta su remache final quedará fijada como un clavo en la vida del niño.

La familia, gestora de la conciencia

Todos estos pasos, aun cuando sean fielmente observados y practicados, requieren el trasfondo de una vida de fe inquebrantable y oración perseverante de los padres.

El libro de Linda Y Richard Eire, *Teaching your children values*, muestra y desarrolla la efectividad de esta metodología en la enseñanza de valores: modelaje, imaginación, refuerzo y reiteración. (Linda y Richard Eire. *Teaching your children values*).

La conciencia se gesta en el seno familiar.

La conciencia es una voz que resuena en el interior del ser. Como el instinto es el impulso automático para la preservación del ser biológico, la conciencia es el impulso para la preservación del ser psicológico y espiritual.

La persona, etimológicamente hablando, es un ser que suena, per soné, por sonido. Sovi, del verbo sono, se relaciona con sonidos, ruido, tono, voz, grito, canto, acento. (O. Steinsel. *Diccionario latino-español, español-latino*)

El sonido de la conciencia es un fenómeno inmanente para la gente no religiosa, la que decide por sí y ante sí, que no hay Dios. Los padres escépticos engendran en sus hijos una conciencia sin trasfondo divino. La ausencia de Dios y la religión en el hogar ahoga la voz de la conciencia moral o la distorsiona.

Los padres religiosos enseñan a sus hijos como Elí a Samuel, que cuando oiga una voz interior, diga: “Habla, Señor, que tu siervo oye”. La conciencia es un fenómeno trascendente a la naturaleza humana. Esta es la ventaja de los padres creyentes que aceptamos la trascendencia de la conciencia, como una voz proveniente del Creador.

Un ideal que Víctor E. Frankl plantea en la formación de la conciencia es que los hijos capten “la sencilla frase imperativa de María von Ebner-Eschenbach: ‘Sé dueño de tu voluntad y siervo de tu conciencia’ (Víctor E. Frankl.. *La presencia ignorada de Dios*. pp. 58).

“Dueño de mi voluntad lo soy ya que por el hecho de ser hombre, de comprenderlo precisamente como ser libre, de concebir todo mi ser existente como plenamente ser responsable. Empero si además he de ser ‘siervo de mi conciencia’ más aún, si he de poderlo ser en absoluto, la ciencia entonces debe ser otra cosa, algo distinto de mí mismo; tiene que ser algo que esté por encima del hombre, este hombre que escucha ‘la voz de la conciencia’”. (Víctor E. Frankl.. *La presencia ignorada de Dios*. pp. 58).

La voluntad destaca la libertad; la conciencia, la responsabilidad. Ayuda a discernir una voluntad libre y una conciencia responsable son dos aspectos básicos en la formación del ser en el seno familiar. Frankl habla de la trascendencia de la conciencia y por esta vía llega a Dios. Este punto básico aparece más explícito en las palabras de Tihamer Toth: “Quien es prisionero de su conciencia, es prisionero de Dios; y la mayor libertad es ser prisionero de Dios”. (Tihamer Toth, *El joven de carácter*. pp. 43).

La mayor necesidad del mundo es formar hijos que sean leales al deber (conciencia cristiana) aunque se desplomen los cielos. El Dr. Daniel Hämery Dupuy denunciaba que uno de los peligros mayores de la humanidad es forjar una ciencia sin conciencia. El ámbito de la conciencia es inviolable. Los cónyuges llegan a ser un solo ser, pero no una sola conciencia. La conciencia es una realidad trascendente. Cuando la voz interior identificada como conciencia es monológica, puede hablarse de la capacidad reflexiva de la persona; en lo que tiene de dialógica, puede hablarse de la presencia permanente de Dios en la vida personal del ser.

La autonomía de la conciencia es un terreno exclusivo porque él es nuestro creador y redentor.

La conciencia debe desarrollarse entre las dimensiones de la libertad y la responsabilidad. Libertad sin responsabilidad, degenera en el libertinaje. Responsabilidad sin libertad, degenera en la dictadura o la opresión.

Víctor Frankl indica que la tragedia de la sociedad norteamericana es haber exaltado la libertad sin haberlo hecho con la responsabilidad. Si frente a las costas del Atlántico se erige la estatua de la Libertad, debería erigirse frente a las costas del Pacífico, la de la Responsabilidad.

La familia, como gestora del ser, se encarga de colaborar con Dios en la plasmación de la conciencia moralmente libre y a la vez responsable del niño.

Una pedagogía que defiende sólo la libertad sin responsabilidad fomenta la soberbia, la temeridad, el desquiciamiento moral. Pedro advierte que la voluntad de Dios es que practiquemos el bien “como libre, pero no como los que tienen libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios” (1 Ped. 2:16). La paradoja de la libertad y la servidumbre se resuelve en una libertad con responsabilidad.

La familia gestora de la inteligencia

De la inteligencia mental

Los hogares que se ocupan responsablemente de la alimentación adecuada de los hijos en cuanto a la tabla de elementos nutricionales, le dan una base física y fisiológica para el desarrollo mental del niño.

Las deficiencias nutricionales, sobre todo en los primeros años de vida, provocan bajo rendimiento intelectual, falta de concentración y problemas conductuales.

La comunicación verbal sana y saludable estimula el desarrollo mental del niño. La estimulación lingüística es un factor determinante en el desarrollo intelectual del niño. Un acervo lingüístico rico permite un normal desarrollo de la inteligencia cognoscitiva.

De la inteligencia emocional

Daniel Goleman, en su obra más divulgada *La inteligencia emocional* en la que presenta la teoría y la realidad del tema que discute, dedica un capítulo a la familia como gestora de la inteligencia emocional: “El crisol familiar”. Este autor afirma:

La vida en familia es nuestra primera escuela para el aprendizaje emocional; en esta caldera aprendemos cómo sentirnos con respecto a nosotros mismos y cómo los demás reaccionarán a nuestros sentimientos... Esta escuela emocional no sólo opera a través de las cosas que los padres dicen o hacen directamente a los niños, sino también en los modelos que ofrecen para enfrentar a sus propios sentimientos y a los que se producen entre marido y mujer. Algunos padres son dotados maestros

emocionales, otros son desastrosos. (Daniel Goleman. *La inteligencia emocional. Por qué es más importante que el cociente intelectual.* pp. 224).

Goleman afirma que la forma como los padres tratan a los hijos tiene consecuencias profundas y duraderas en la vida emocional del hijo.

El mismo autor concede capital importancia a la empatía o la habilidad de saber, sentir e interpretar lo que siente otra persona. Viene de la palabra *empathia* “sentir dentro”. Señala: “Las lecciones de la empatía comienzan en la infancia, cuando los padres sintonizan con los sentimientos del bebé” (Daniel Goleman. *La inteligencia emocional. Por qué es más importante que el cociente intelectual.* pp. 226). Las raíces de la empatía están en el ambiente familiar. El buen trato fomenta la empatía. Las carencias afectivas y el maltrato al niño o a la niña significan la extinción de la empatía.

¿Cómo se desarrolla la empatía? Estableciendo una relación de sintonía entre los padres y el niño o la niña.

“La empatía exige suficiente calma y sensibilidad para que las señales sutiles de los sentimientos de otra persona puedan ser recibidas e imitadas por el propio cerebro emocional” ((Daniel Goleman. *La inteligencia emocional. Por qué es más importante que el cociente intelectual.* pp. 132). De manera particular, la relación madre-hijo/hija, tiene un impacto emocional determinante. “Al ver llorar a su madre, un bebé se secó los ojos, aunque él no había llorado. Esta *mimetización motriz*, como se suele llamar, es el sentido técnico de la palabra ‘Empatía’. (Daniel Goleman. *La inteligencia emocional. Por qué es más importante que el cociente intelectual.* pp. 126).

La buena disposición de un niño para la escuela depende de su capacidad no sólo de aprender, sino fundamentalmente de cómo aprender. Brazelton (T. Barry Brazelton. *Herat star. The emotional foundations of school readiness.* pp. 228, 229), profesor de Harvard, presenta una lista de siete ingredientes clave de esta capacidad crucial, todos ellos relacionados con la inteligencia emocional: confianza, curiosidad, intencionalidad, autocontrol, relación capacidad de comunicación y cooperatividad. Los hijos bien queridos y atendidos personalmente por su madre están en condiciones favorables para recibir estos ingredientes. La carencia de estos coloca al ser en condiciones sumamente desventajosas.

De la inteligencia espiritual

Así como el mundo de las ciencias del comportamiento humano se ha embarcado en esta última década al estudio de las inteligencias múltiples y de la inteligencia emocional, otro tópico que salta a la consideración de la investigación psicológica es el de la inteligencia moral o espiritual tal como lo plantea Roberto Coles, el psiquiatra que ha dedicado su mayor interés al desarrollo de la inteligencia moral, sobre todo de la primera infancia. (Roberto Coles. *The moral intelligence of children.*)

El gran capítulo bíblico de la educación religiosa, moral y espiritual es Deuteronomio 6, sobre todo los versículos 1 al 8. En este pasaje se destaca que el hogar es una escuela: “Dios mandó que se enseñe (vers.1) el temor (amor) y la obediencia al Señor (vers.2) y destaca el gran mandamiento o la gran *shemá*, “oye” (vers.3 al 5): “Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas”. “El *shemá*—dice Barclay—debía ser recitado por todos los judíos, íntegramente todas las mañanas, y todas las tardes” (William Barclay. *Mateo I.* pp. 205).

La más alta misión de los hogares del Israel de Dios en nuestro tiempo es la educación religiosa, moral y espiritual (vers. 6-8).

Conclusión

Volvamos nuestros ojos al hogar. Hay que establecer hogares que sean verdaderas escuelas, crisoles de sabiduría y empatía, de amor, salud física, social y espiritual, de preparación cabal para esta vida y para la eternidad.

Referencia:

Recuperado el 16/01/2011 de <http://www.abo.org.ar/web/SermonesListado.htm>